

LA ORACIÓN DEL SEÑOR EN EL HUERTO SEGÚN SOR MARÍA DE ÁGREDA

Por [moimunan](#) en [19 abril, 2019](#) • ([1 comentario](#))



CAPITULO 12

La oración que hizo nuestro Salvador en el huerto y sus misterios y lo que de todos conoció su Madre santísima.

1. Con las maravillas y misterios que nuestro Salvador Jesús obró en el Cenáculo dejaba dispuesto y ordenado el reino que el Eterno Padre con su voluntad inmutable le había dado. Y entrada ya la noche que sucedió al jueves de la cena, determinó salir a la penosa batalla de su pasión y muerte, en que se había de consumir la redención humana. Salió Su Majestad del aposento donde había celebrado tantos misterios milagrosos y al mismo tiempo salió también su Madre santísima de su retiro para encontrarse con Él. Llegaron a carearse el Príncipe de las eternidades y la Reina, traspasando el corazón de entrambos la penetrante espada de dolor que a un tiempo les hirió penetrantemente sobre todo pensamiento humano y angélico. La dolorosa Madre se postró en tierra, adorándole como a su verdadero Dios y Redentor. Y mirándola Su Divina Majestad con semblante majestuoso y agradable de Hijo suyo, le habló y la dijo solas estas palabras: Madre mía,

con Vos estaré en la tribulación, hagamos la voluntad de mi Eterno Padre y la salvación de los hombres. La gran Reina se ofreció con entero corazón al sacrificio y pidió la bendición. Y habiéndola recibido se volvió a su retiro, de donde le concedió el Señor que estuviese a la vista de todo lo que pasaba y lo que su Hijo santísimo iba obrando, para acompañarle y cooperar en todo en la forma que a ella le tocaba. El dueño de la casa, que estaba presente a esta despedida, con impulso divino ofreció luego la misma casa que tenía y lo que en ella había a la Señora del cielo, para que se sirviese de ello mientras estuviesen en Jerusalén, y la Reina lo admitió con humilde agradecimiento. Y con Su Alteza quedaron los mil Ángeles de Guarda, que la asistían siempre en forma visible para ella, y también la acompañaron algunas de las piadosas mujeres que consigo había traído.

2. Nuestro Redentor y Maestro salió de la casa del Cenáculo en compañía de todos los hombres que le habían asistido en las cenas y celebración de sus misterios, y luego se despidieron muchos de ellos por diferentes calles, para acudir cada uno a sus ocupaciones. Y Su Majestad, siguiéndole solos los doce Apóstoles, encaminó sus pasos al monte Olívete, fuera y cerca de la ciudad de Jerusalén a la parte oriental. Y como la alevosía de Judas Iscariotes le tenía tan atento y solícito de entregar al divino Maestro, imaginó que iba a trasnochar en la oración, como lo tenía de costumbre. Parecióle aquella ocasión muy oportuna para ponerle en manos de sus confederados los escribas y fariseos. Y con esta infeliz resolución se fue deteniendo y dejando alargar el paso a su divino Maestro y a los demás Apóstoles, sin que ellos lo advirtiesen por entonces, y al punto que los perdió de vista partió a toda prisa a su precipicio y destrucción. Llevaba gran sobresalto, turbación y zozobra, testigos de la maldad que iba a cometer, y con este inquieto orgullo, como mal seguro de conciencia, llegó corriendo y azorado a casa de los pontífices. Sucedió en el camino que, viendo Lucifer la prisa que se daba Judas Iscariotes en procurar la muerte de Cristo nuestro bien y sospechando este Dragón que era el verdadero Mesías, como queda dicho en el capítulo 10, le salió al encuentro en figura de un hombre muy malo y amigo del mismo Judas Iscariotes, con quien él había comunicado su traición. En esta figura le habló Lucifer a Judas Iscariotes sin ser conocido por él y le dijo que aquel intento de vender a su Maestro, aunque al principio le había parecido bien por las maldades que de él le había dicho, pero que pensando sobre ello había tomado mejor acierto en su dictamen y acuerdo para él y le parecía no le entregase a los pontífices y fariseos, porque no era tan malo como el mismo Judas Iscariotes pensaba, ni merecía la muerte, y que sería posible que hiciese algunos milagros con que se libraría y después le podría suceder a él gran trabajo.
3. Este enredo hizo Lucifer, retractando con nuevo temor las sugerencias que primero había enviado al corazón pérfido del traidor discípulo contra el autor de la vida. Pero salióle en vano su nueva malicia, porque Judas Iscariotes, que había perdido la fe voluntariamente y no temía las violentas sospechas del demonio, quiso aventurar antes la muerte de su Maestro que aguardar la indignación de los fariseos si le dejaba con vida. Y con este miedo y su abominable codicia no hizo caso del consejo de Lucifer, aunque le juzgó por el hombre que representaba. Y como estaba desamparado de la gracia divina, ni quiso ni pudo persuadirse por la instancia del demonio para retroceder en su maldad. Y como el Autor de la vida estaba en Jerusalén, y también los pontífices consultaban cuando llegó Judas Iscariotes cómo les cumpliría lo prometido de entregársele en sus manos, en esta ocasión entró el traidor y les dio cuenta cómo dejaba a su Maestro con los demás discípulos en el monte Olívete, que le parecía la mejor ocasión para prenderle aquella noche, como fuesen con cautela y prevenidos para que no se les fuese de entre las manos con las artes y mañas que sabía. Alegráronse mucho los sacrílegos pontífices y quedaron previniendo gente armada para salir luego al prendimiento del inocentísimo Cordero.
4. Estaba en el ínterin Su Majestad divina con los once Apóstoles tratando de nuestra salvación eterna y de los mismos que le maquinaban la muerte. Inaudita y admirable porfía de la suma malicia humana y de la inmensa bondad y caridad divina, que si desde el primer hombre se comenzó esta contienda del bien y del mal en el mundo, en la muerte de nuestro Reparador llegaron los dos extremos a lo sumo que pudieron subir; pues a un mismo tiempo obró cada uno a vista del otro lo más que le fue posible: la malicia humana quitando la vida y honra a su mismo Hacedor y Reparador, y Su Majestad dándola por ellos con inmensa caridad. Fue como necesario en esta ocasión —a nuestro modo de entender— que el alma santísima de Cristo nuestro bien atendiese a su Madre purísima, y lo mismo su divinidad, para que tuviese algún agrado entre las criaturas en que descansase su amor y se detuviese la justicia. Porque en sola aquella pura criatura

miraba lograda dignísimamente la pasión y muerte que se le prevenía por los hombres, y en aquella santidad sin medida hallaba la justicia divina alguna recompensa de la malicia humana, y en la humildad y caridad fidelísima de esta gran Señora quedaban depositados los tesoros de sus merecimientos, para que después como de cenizas encendidas renaciese la Iglesia, como nueva fénix, en virtud de los mismos merecimientos de Cristo nuestro Señor y de su muerte. Este agrado que recibía la humanidad de nuestro Redentor con la vista de la santidad de su digna Madre, le daba esfuerzo y como aliento para vencer la malicia de los mortales y reconocía por bien empleada su paciencia en sufrir tales penas, porque tenía entre los hombres a su amantísima Madre.

5. Todo lo que iba sucediendo conocía la gran Señora desde su recogimiento, y vio los pensamientos del obstinado Judas Iscariotes y el modo como se desvió del Colegio Apostólico y cómo le habló Lucifer en forma de aquel hombre su conocido y todo lo que pasó con él cuando llegó a los príncipes de los sacerdotes y lo que trataban y prevenían para prender al Señor con tanta presteza. El dolor que con esta ciencia penetraba el castísimo corazón de la Madre virgen, los actos de virtudes que ejercitaba a la vista de tales maldades y cómo procedía en todos estos sucesos, no cabe en nuestra capacidad el explicarlo; basta decir que todo fue con plenitud de sabiduría, santidad y agrado de la beatísima Trinidad. Compadecióse de Judas Iscariotes y lloró la pérdida de aquel perverso discípulo. Recompensó su maldad adorando, confesando, amando y alabando al mismo Señor que él vendía con tan injuriosa y desleal traición. Estaba preparada y dispuesta a morir por él, si fuera necesario. Pidió por los que estaban fraguando la prisión y muerte de su divino Cordero, como prendas que se habían de comprar y estimar con el valor infinito de tan preciosa sangre y vida, que así los miraba, estimaba y valoreaba la prudentísima Señora.
6. Prosiguió nuestro Salvador su camino, pasando el torrente Cedrón para el monte Olivete, y entró en el huerto de Getsemaní y hablando con todos los Apóstoles que le seguían les dijo: Esperadme y asentaos aquí, mientras yo me alejo un poco a la oración (Mt 26, 36); y orad también vosotros para que no entréis en tentación (Lc 22, 40). Dioles este aviso el divino Maestro, para que estuviesen constantes en la fe contra las tentaciones, que en la cena los había prevenido que todos serían escandalizados aquella noche por lo que le verían padecer, y que Satanás los embestiría para ventilarlos y turbarlos con falsas sugerencias, porque el Pastor, como estaba profetizado (Zac 13, 7), había de ser maltratado y herido y las ovejas serían derramadas. Luego el Maestro de la vida, dejando a los ocho Apóstoles juntos, llamó a San Pedro, a San Juan y a Santiago, y con los tres se retiró de los demás a otro puesto donde no podía ser visto ni oído de ellos. Y estando con los tres Apóstoles levantó los ojos al Eterno Padre y le confesó y alabó como acostumbraba, y en su interior hizo una oración y petición en cumplimiento de la profecía de San Zacarías [Día 6 de septiembre: In Palaestina sancti Zachariae Prophetae, qui, de Chaldaea senex in pátriam revérsus, ibíque defúctus, juxta Aggaeum Prophétam cónditus jacet.] (Zac 13, 7), dando licencia a la muerte para que llegase al inocentísimo y sin pecado, y mandando a la espada de la justicia divina que despertase sobre el pastor y sobre el varón que estaba unido con el mismo Dios y ejecutase en él todo su rigor y le hiriese hasta quitarle la vida. Para esto se ofreció Cristo nuestro bien de nuevo al Padre en satisfacción de su justicia por el rescate de todo el linaje humano y dio consentimiento a los tormentos de la pasión y muerte, para que en él se ejecutase en la parte que su humanidad santísima era pasible, y suspendió y detuvo desde entonces el consuelo y alivio que de la parte impasible pudiera redundarle, para que con este desamparo llegasen sus pasiones y dolores al sumo grado de padecer; y el Eterno Padre lo concedió y aprobó, según la voluntad de la humanidad santísima del Verbo.
7. Esta oración fue como una licencia y permiso con que se abrieron las puertas al mar de la pasión y amargura, para que con ímpetu entrasen hasta el alma de Cristo, como lo había dicho por Santo Rey y Profeta David (Sal 68, 2). Y así comenzó luego a congojarse y sentir grandes angustias y con ellas dijo a los tres Apóstoles: Triste está mi alma hasta la muerte (Mc 14, 34). Y porque estas palabras y tristeza de nuestro Salvador encierran tantos misterios para nuestra enseñanza, diré algo de lo que se me ha declarado, como yo lo entiendo. Dio lugar Su Majestad para que esta tristeza llegase a lo sumo natural y milagrosamente, según toda la condición pasible de su humanidad santísima. Y no sólo se entristeció por el natural apetito de la vida en la porción inferior de ella, sino también según la parte superior, con que miraba la reprobación de tantos por quienes había de morir y la conocía en los juicios y decretos inescrutables de la divina justicia. Y esta fue la causa de su mayor tristeza, como adelante veremos (Cf. infra n. 1395). Y no dijo que estaba triste por la

- muerte, sino hasta la muerte, porque fue menor la tristeza del apetito natural de la vida, por la muerte que le amenazaba de cerca. Y a más de la necesidad de ella para la redención, estaba pronta su voluntad santísima para vencer este natural apetito para nuestra enseñanza, por haber gozado, por la parte que era viador, de la gloria del cuerpo en su transfiguración. Porque con este gozo se juzgaba como obligado a padecer, para dar el retorno de aquella gloria que recibió la parte de viador, para que hubiese correspondencia en el recibo y en la paga, y quedásemos enseñados de esta doctrina en los tres Apóstoles, que fueron testigos de aquella gloria y de esta tristeza y congojas; que por esto fueron escogidos para el uno y otro misterio, y así lo entendieron en esta ocasión con luz particular que para esto se les dio.
8. Fue también como necesario; para satisfacer al inmenso amor con que nos amó nuestro Salvador Jesús, dar licencia a esta tristeza misteriosa para que con tanta profundidad le anegase, porque si no padeciera en ella lo sumo a que pudo llegar, no quedara saciada su caridad, ni se conociera tan claramente que era inextinguible por las muchas aguas de tribulaciones (Cant 8, 7). Y en el mismo padecer la ejercitó esta caridad con los tres Apóstoles que estaban presentes y turbados con saber que ya se llegaba la hora en que el divino Maestro había de padecer y morir, como él mismo se lo había declarado por muchos modos y prevenciones. Y esta turbación y cobardía que padecieron, los confundía y avergonzaba en sí mismos, sin atreverse a manifestarla. Pero el amantísimo Señor los alentó manifestándoles su misma tristeza, que padecería hasta la muerte, para que, viéndole a él afligido y congojado, no se confundiesen de sentir ellos sus penas y temores en que estaban. Y tuvo juntamente otro misterio esta tristeza del Señor para los tres Apóstoles Pedro, Juan y Diego (Diego, o sea Santiago), porque entre todos los demás ellos tres habían hecho más alto concepto de la divinidad y excelencia de su Maestro, así por la grandeza de su doctrina, santidad de sus obras y potencia de sus milagros, que en todo esto estaban más admirados y más atentos al dominio que tenían sobre las criaturas. Y para confirmarlos en la fe de que era hombre verdadero y pasible, fue conveniente que de su presencia conociesen y viesen estaba triste y afligido como hombre verdadero, y en el testimonio de estos tres Apóstoles, privilegiados con tales favores, quedase la Iglesia Santa informada contra los errores que el demonio pretendería sembrar en ella sobre la verdad de la humanidad de Cristo nuestro Salvador, y también los demás fieles tuviésemos este consuelo, cuando nos aflijan los trabajos y nos posea la tristeza.
 9. Ilustrados interiormente los tres Apóstoles con esta doctrina, añadió el autor de la vida y les dijo: Esperadme aquí, y velad y orad conmigo (Mt 26, 38). Que fue enseñarles la práctica de todo lo que les había prevenido y advertido y que estuviesen con él constantes en su doctrina y fe y no se desviasen a la parte del enemigo, y para conocerle y resistirle estuviesen atentos y vigilantes, esperando que después de las ignominias de la pasión verían la exaltación de su nombre. Con esto se apartó el Señor de los tres Apóstoles algún espacio del lugar de donde los dejó. Y postrado en tierra sobre su divino rostro oró al Padre Eterno, y le dijo: Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz (Mt 26, 39). Esta oración hizo Cristo nuestro bien después que bajó del cielo con voluntad eficaz de morir y padecer por los hombres, después que despreciando la confusión de su pasión (Heb 12, 2) la abrazó de voluntad y no admitió el gozo de su humanidad, después que con ardentísimo amor corrió a la muerte, a las afrentas, dolores y aflicciones, después que hizo tanto aprecio de los hombres que determinó redimirlos con el precio de su sangre. Y cuando con su divina y humana sabiduría y con su inextinguible caridad sobrepujaba tanto al temor natural de la muerte, no parece que sólo él pudo dar motivo a esta petición. Así lo he conocido en la luz que se me ha dado de los ocultos misterios que tuvo esta oración de nuestro Salvador.
 10. Y para manifestar lo que yo entiendo, advierto que en esta ocasión entre nuestro Redentor Jesús y el Eterno Padre se trataba del negocio más arduo que tenía por su cuenta, que era la Redención humana y el fruto de su pasión y muerte de cruz, para la oculta predestinación de los santos. Y en esta oración propuso Cristo nuestro bien sus tormentos, su sangre preciosísima y su muerte al Eterno Padre, ofreciéndola de su parte por todos los mortales, como precio superabundantísimo para todos y para cada uno de los nacidos y de los que después habían de nacer hasta el fin del mundo. Y de parte del linaje humano presentó todos los pecados, infidelidades, ingratitudes y desprecios que los malos habían de hacer para malograr su afrentosa muerte y pasión, por ellos admitida y padecida, y los que con efecto se habían de condenar a pena eterna, por no haberse aprovechado de su clemencia. Y aunque el morir por los amigos y predestinados era agradable y como apetecible para nuestro Salvador, pero morir y padecer por la parte de los réprobos era muy amargo y penoso, porque de parte de ellos no había razón final para sufrir el Señor la muerte. A

- este dolor llamó Su Majestad cáliz, que era el nombre con que los hebreos significaban lo que era muy trabajoso y grande pena, como lo significó el mismo Señor hablando con los hijos del Zebedeo, cuando les dijo si podrían beber el cáliz como Su Majestad le había de beber (Mt 20, 22). Y este cáliz fue tanto más amargo para Cristo nuestro bien, cuanto conoció que su pasión y muerte para los réprobos no sólo sería sin fruto, sino que sería ocasión de escándalo (1 Cor 1, 23) y redundaría en mayor pena y castigo para ellos, por haberla despreciado y malogrado.
11. Entendí, pues, que la oración de Cristo nuestro Señor fue pedir al Padre pasase de él aquel cáliz amarguísimo de morir por los réprobos, y que siendo ya inexcusable la muerte, ninguno, si era posible, se perdiese, pues la redención que ofrecía era superabundante para todos y cuanto era de su voluntad a todos la aplicaba para que a todos aprovechase, si era posible, eficazmente y, si no lo era, resignaba su voluntad santísima en la de su Eterno Padre. Esta oración repitió nuestro Salvador tres veces por intervalos orando prolijamente con agonía, como dice San Lucas (Lc 22, 43), según lo pedía la grandeza y peso de la causa que se trataba. Y, a nuestro modo de entender, en ella intervino una como altercación y contienda entre la humanidad santísima de Cristo y la divinidad. Porque la humanidad, con íntimo amor que tenía a los hombres de su misma naturaleza, deseaba que todos por su pasión consiguieran la salvación eterna, y la divinidad representaba que por sus juicios altísimos estaba fijo el número de los predestinados y, conforme a la equidad de su justicia, no se debía conceder el beneficio a quien tanto le despreciaba y de su voluntad libre se hacían indignos de la vida de las almas, resistiendo a quien se la procuraba y ofrecía. Y de este conflicto resultó la agonía de Cristo y la prolija oración que hizo, alegando el poder de su Eterno Padre, y que todas las cosas le eran posible a su infinita majestad y grandeza.
 12. Creció esta agonía en nuestro Salvador con la fuerza de la caridad y con la resistencia que conocía de parte de los hombres para lograr en todos su pasión y muerte, y entonces llegó a sudar sangre, con tanta abundancia de gotas muy gruesas que corría hasta llegar al suelo. Y aunque su oración y petición fue condicionada y no se le concedió lo que debajo de condición pedía, porque faltó por los réprobos, pero alcanzó en ella que los auxilios fuesen grandes y frecuentes para todos los mortales y que se fuesen multiplicando en aquellos que los admitiesen y no pusieren óbice y que los justos y santos participasen en el fruto de la Redención y con grande abundancia y les aplicasen muchos dones y gracias de que los precitos y réprobos se harían indignos. Y conformándose la voluntad humana de Cristo con la divina aceptó la pasión por todos respectivamente: para los precitos y réprobos como suficiente y para que se les diesen auxilios suficientes, si ellos querían aprovecharlos, y para los predestinados como eficaz, porque ellos cooperarían a la gracia. Y así quedó dispuesta y como efectuada la salud del cuerpo místico de la Santa Iglesia, debajo de su cabeza y de su artífice Cristo nuestro bien.
 13. Y para el lleno de este divino decreto, estando Su Majestad en la agonía de su oración, tercera vez envió el Eterno Padre al Santo Arcángel Miguel, que le respondiese y confortase por medio de los sentidos corporales, declarándole en ellos lo mismo que el mismo Señor sabía por la ciencia de su santísima alma, porque nada le pudo decir el Ángel que el Señor no supiera ni tampoco podía obrar en su interior otro efecto para este intento. Pero, como arriba se ha dicho (Cf. supra n. 1209), tenía Cristo nuestro bien suspendido el alivio que de su ciencia y amor podía redundar en su humanidad santísima, dejándola, en cuanto pasible, a todo padecer en sumo grado, como después lo dijo en la cruz (Cf. infra n. 1395); y en lugar de este alivio y confortación recibió alguna con la embajada del Santo Arcángel por parte de los sentidos, al modo que obra la ciencia o noticia experimental de lo que antes se sabía por otra ciencia, porque la experiencia es nueva y mueve los sentidos y potencias naturales. Y lo que le dijo San Miguel de parte del Padre Eterno fue representarle e intimarle en el sentido que no era posible, como Su Majestad sabía, salvarse los que no querían ser salvos, porque en la aceptación divina valía mucho el número de los predestinados, aunque fuese menor que el de los réprobos, y que entre aquéllos estaba su Madre santísima, que era digno fruto de su Redención, y que se lograría en los Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Mártires, Vírgenes y Confesores, que serían muy señalados en su amor, y obrarían cosas admirables para ensalzar el santo nombre del Altísimo; y entre ellos le nombró el ángel algunos, después de los apóstoles, como fueron los patriarcas fundadores de las religiones, con las condiciones de cada uno. Otros grandes y ocultos sacramentos manifestó o refirió el ángel, que ni es necesario declararlos, ni tengo orden para hacerlo, porque basta lo dicho para seguir el discurso de esta Historia.
 14. En los intervalos de esta oración que hizo nuestro Salvador, dicen los Evangelistas (Mt 26, 41; Mc

- 14, 38; Lc 22, 42) que volvió a visitar a los Apóstoles y a exhortarlos que velasen y orasen y no entrasen en tentación. Esto hizo el vigilantísimo pastor, para dar forma a los Prelados de su Iglesia del cuidado y gobierno que han de tener de sus ovejas, porque si para cuidar de ellas dejó Cristo Señor nuestro la oración, que tanto importaba, dicho está lo que deben hacer los Prelados, posponiendo otros negocios e intereses a la salvación de sus súbditos. Y para entender la necesidad que tenían los Apóstoles, advierto que el Dragón infernal, después que arrojado del cenáculo, como se dijo arriba (Cf. supra n. 1189), estuvo algún tiempo oprimido en las cavernas del profundo, dio el Señor permiso para que saliese por lo que había de servir su malicia a la ejecución de los decretos del Señor. Y de golpe fueron muchos a embestir a Judas Iscariotes para impedir la venta, en la forma que se ha declarado (Cf. supra n. 1205). Y como no le pudieron disuadir, se convirtieron contra los demás Apóstoles, sospechando que en el cenáculo habían recibido algún favor grande de su Maestro, y lo deseaba rastrear Lucifer, para conocerlo y destruirlo si pudiera. Esta crueldad y furor del príncipe de las tinieblas y de sus ministros vio nuestro Salvador, y como Padre amantísimo y Prelado vigilante acudió a prevenir los hijos pequeñuelos y súbditos principiantes, que eran sus Apóstoles, y los despertó y mandó que orasen y velasen contra sus enemigos, para que no entrasen en la tentación que ocultamente los amenazaba y ellos no prevenían ni advertían.
15. Volvió, pues, a donde estaban los tres Apóstoles, que por más favorecidos tenían más razones que los obligasen a estar en vela y a imitar a su divino Maestro, pero hallólos durmiendo, a que se dejaron vencer del tedio y tristeza que padecían y con ella vinieron a caer en aquella negligencia y tibieza de espíritu, en que los venció el sueño y pereza. Y antes de hablarles ni despertarles estuvo Su Majestad mirándolos y lloró un poco sobre ellos, viéndolos por su negligencia y tibieza sepultados y oprimidos de aquella sombra de la muerte, en ocasión que Lucifer se desvelaba tanto contra ellos. Habló con Pedro y le dijo: Simón, ¿así duermes y no pudiste velar una hora conmigo? Y luego replicó a él y a los demás y les dijo: Velad y orad, para que no entréis en tentación; (Mc 14, 37-38) que mis enemigos y los vuestros no se duermen como vosotros. La razón porque reprendió a San Pedro no sólo fue porque él era cabeza y elegido para Prelado de todos y porque entre ellos se había señalado en las protestas y esfuerzos de que moriría por el Señor y no le negaría, cuando todos los demás escandalizados le dejasen y negasen, sino que también le reprendió, porque con aquellos propósitos y ofrecimientos, que entonces hizo de corazón, mereció ser reprendido y advertido entre todos; porque sin duda el Señor a los que ama corrige y los buenos propósitos siempre le agradan, aunque después en la ejecución desfallezcamos, como le sucedió al más fervoroso de los Apóstoles, San Pedro, la tercera vez que volvió Cristo nuestro Redentor a despertar a todos los Apóstoles, cuando ya Judas Iscariotes venía cerca a entregarle a sus enemigos, como diré en el capítulo siguiente (Cf. infra n. 1225, 1231).
16. Volvamos al cenáculo, donde estaba la Señora de los cielos retirada con las mujeres santas que le acompañaban y mirando con suma claridad en la divina luz todas las obras y misterios de su Hijo santísimo en el huerto, sin ocultársele cosa alguna. Al mismo tiempo que se retiró el Señor con los tres Apóstoles, Pedro, Juan y Santiago, se retiró la divina Reina de la compañía de las mujeres a otro aposento y, dejando a las demás y exhortándolas a que orasen y velasen para no caer en tentación, llevó consigo a las tres Marías, señalando a Santa María Magdalena como por superiora de las otras. Y estando con las tres, como más familiares suyas, suplicó al Eterno Padre que se suspendiese en ella todo el alivio y consuelo que podía impedir, en la parte sensitiva y en el alma, el sumo padecer con su Hijo santísimo y a su imitación, y que en su virginal cuerpo participase y sintiese los dolores de las llagas y tormentos que el mismo Jesús había de padecer. Esta petición aprobó la Beatísima Trinidad, y sintió la Madre los dolores de su Hijo santísimo respectivamente, como adelante diré (Cf. infra n. 1236). Y aunque fueron tales que con ellos pudiera morir muchas veces si la diestra del Altísimo con milagro no la preservara, pero por otra parte estos dolores dados por la mano del Señor fueron como fiadores y alivio de su vida, porque en su ardiente amor tan sin medida fuera más violenta la pena de ver padecer y morir a su Hijo benditísimo y no padecer con él las mismas penas respectivamente.
17. A las tres Marías señaló la Reina para que en la pasión la acompañasen y asistiesen, y para esto fueron ilustradas con mayor gracia y luz de los misterios de Cristo que las otras mujeres. Y en retirándose con las tres comenzó la purísima Madre a sentir nueva tristeza y congojas y hablando con ellas las dijo: Mi alma está triste, porque ha de padecer y morir mi amado Hijo y Señor y no he de morir yo con él y sus tormentos. Orad, amigas mías, para que no os comprenda la tentación.

—Y dichas estas razones, se alejó de ellas un poco y, acompañando la oración que hacía nuestro Salvador en el huerto, hizo la misma súplica, como a ella le tocaba y conforme a lo que conocía de la voluntad humana de su Hijo santísimo, y volviendo por los mismos intervalos a exhortar a las tres mujeres, porque también conoció la indignación del Dragón contra ellas, continuó la oración y petición y sintió otra agonía como la del Salvador. Lloró la reprobación de los prescitos, porque se le manifestaron grandes sacramentos de la eterna predestinación y reprobación [Hay predestinación a la gloria, pero no hay predestinación previa y antecedente al infierno. Los que se condenan lo hacen por su propia culpa]. Y para imitar en todo al Redentor del mundo y cooperar con él, tuvo la gran Señora otro sudor de sangre semejante al de Cristo nuestro Señor, y por disposición de la Beatísima Trinidad le fue enviado el Arcángel San Gabriel que la confortase, como San Miguel a nuestro Salvador Jesús. Y el santo príncipe la propuso y declaró la voluntad del Altísimo, con las mismas razones que San Miguel habló a su Hijo santísimo, porque en entrambos era una misma la petición y la causa del dolor y tristeza que padecieron; y así fueron semejantes en el obrar y conocer, con la proporción que convenía. Entendí en esta ocasión, que la prudentísima Señora estaba prevenida de algunos paños para lo que en la pasión de su amantísimo Hijo le había de suceder y entonces envió algunos de sus Ángeles con una toalla al huerto, donde el Señor estaba sudando sangre, para que le enjugasen y limpiasen su venerable rostro, y así lo hicieron los ministros del Altísimo, que por el amor de Madre y por su mayor merecimiento condescendió Su Majestad a este piadoso y tierno afecto. Cuando llegó la hora de prender a nuestro Salvador, se lo declaró la dolorosa Madre a las tres Marías y todas se lamentaban con amarguísimo llanto, señalándose la Magdalena como más inflamada en el amor y piedad fervorosa.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1. Hija mía, todo lo que en este capítulo has entendido y escrito es un despertador y aviso para ti y para todos los mortales de suma importancia, si en él cargas la consideración. Atiende, pues, y confiere en tus pensamientos, cuánto pesa el negocio de la predestinación o reprobación eterna de las almas, pues le trató mi Hijo santísimo con tanta ponderación, y la dificultad o imposibilidad de que todos los hombres fuesen salvos y bienaventurados le hizo tan amarga la pasión y muerte que para remedio de todos admitía y padecía. Y en este conflicto manifestó la importancia y gravedad de esta empresa y por esto multiplicó las peticiones y oraciones a su Eterno Padre, obligándole el amor de los hombres a sudar copiosamente su sangre de inestimable precio, porque no se podía lograr en todos su muerte, supuesta la malicia con que los precitos y réprobos se hacen indignos de su participación. Justificada tiene su causa mi Hijo y mi Señor, con haber procurado la salvación de todos sin tasa ni medida de su amor y merecimientos, y justificada la tiene el Eterno Padre con haber dado al mundo este remedio y haberle puesto en manos de cada uno, para que la extienda a la muerte o a la vida, al agua o al fuego (Eclo 17, 18), conociendo la distancia que hay de lo uno y de lo otro.
2. Pero ¿qué descargo o qué disculpa pretenderán los hombres, de haber olvidado su propia y eterna salvación, cuando mi Hijo y yo con Su Majestad se la deseamos y procuramos con tanto desvelo y afecto de que la admitiesen? Y si ninguno de los mortales tiene excusa de su tardanza y estulticia, mucho menos la tendrán en el juicio los hijos de la Santa Iglesia, que han recibido la fe de estos admirables sacramentos, y se diferencian poco en la vida de los infieles y paganos. No entiendas, hija mía, que está escrito en vano: Muchos son los llamados y pocos los escogidos (Mt 20, 16). Teme esta sentencia y renueva en tu corazón el cuidado y celo de tu salvación, conforme a la obligación que en ti ha crecido con la ciencia de tan altos misterios. Y cuando no interesaras en esto la vida eterna y tu felicidad, debías corresponder a la caricia con que yo te manifiesto tantos y divinos secretos y, dándote el nombre de hija mía y esposa de mi Señor, debes entender que tu oficio ha de ser amar y padecer, sin otra atención a cosa alguna visible, pues yo te llamo para mi imitación, que siempre ocupé mis potencias en estas dos cosas con suma perfección; y para que tú la alcances, quiero que tu oración sea continua sin intermisión y que veles una hora conmigo, que es todo el tiempo de la vida mortal; porque comparada con la eternidad menos es que una hora y un punto. Y con esta disposición quiero que prosigas los misterios de la pasión, que los escribas y sientas e imprimas en tu corazón.

